

ALFREDO ALVAR EZQUERRA

Cervantes

Genio y libertad

temas de hoy. | BIOGRAFÍAS

ÍNDICE

PRÓLOGO		15
CAPÍTULO I.	«El linaje, prosapia y alcurnia querríamos saber»	25
CAPÍTULO II.	«¡Qué mal parece en los gobernadores el no saber leer ni escribir!»	73
CAPÍTULO III.	«Yo me hallé en aquella felicísima jornada»	105
CAPÍTULO IV.	«Esta, señores, que veis aquí pintada, es la ciudad de Argel»	149
CAPÍTULO V.	«Ya a vista de tierra de España»	181
CAPÍTULO VI.	«Rompe [fama], del norte las cerradas nieblas»	223
CAPÍTULO VII.	«Quisiera que este libro, fuera el más hermoso, el más gallardo y más discreto que pudiera imaginarse»	281
CAPÍTULO VIII.	«Éste que veis aquí, de rostro aguileño...»	347

NOTAS	377
APÉNDICE	417
CRONOLOGÍA	447
FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA	463
ÍNDICE ONOMÁSTICO	465

PRÓLOGO

Lo habitual es que cuando un escritor está ante las hojas (o la pantalla) en blanco que le llaman para que las ensucie con un «Prólogo», le ocurran dos cosas: o que no sepa qué decir, o sí lo sepa. Si no sabe qué decir, lo que va a ocurrir en los próximos minutos no será muy alentador. Aguardará, tal vez, a que un amigo le encuentre en medio de la turbación y le ayude a salir del paso; también a que paseando por algún mercadillo, la compra de un libelo original y su rápida lectura le inspiren y al volver a casa, siga.

Podría ocurrir que, como decía antes, nuestro autor tuviera las ideas muy claras. Y aun así, tal vez no supiera bien qué hacer, o un escrito largo, o uno breve.

Yo, ahora, ilustrado lector, me hallaba entre los primeros. Pero ni ha venido el amigo, ni he comprado libelo ninguno. Así que me las he de resolver a solas. Mas como el fin es redactar el «Prólogo», y eso es lo que ha de anteceder a mi libro, he de dejar la impresión de que formaba parte de los autores que sí saben qué es hacer un «Prólogo». Pues ya, inmerso en el ejército de éstos, iré viendo si sale largo o corto. En cualquier caso, no querría estar en las filas ni de los poetambres, ni de los sutiles y almidonados.

En nuestros irregulares procesos de socialización, tenemos por costumbre que haya circunstancias, individuos o acontecimientos que nos forjen la personalidad y nos ayuden a bien vivir, o nos avisen de qué es el mal

vivir. Para que existan esos referentes, han de haber sido creados o, a lo menos, se nos ha tenido que dar aviso de su existencia. Tanta disparidad de asuntos, personas, sensaciones, símbolos, se alinean construyendo un edificio más o menos estable y ordenado al que llamamos «Cultura», que es, en fin, en fin, la capacidad de ordenar lo diferente. Para que haya una «Cultura», ha de haber, pues, un orden. La nuestra está muy zaherida últimamente, y algunos desorientados se creen que es más inteligente suplantarla por gotitas de una borrasca (que en realidad lo que ocurre es que llega una granizada que me río yo de las nubes de *El Viaje del Parnaso*) que se avecina, que no reordenar lo que hay.¹

Pues bien, hubo en nuestra estructura cultural un llamado «Siglo de Oro»² en el que, como en su propio nombre se indica, proliferaron gentes de creación por doquier. Unos mejores y otros peores, que no sé por qué siempre el que coge papel y lápiz o se sube a un escenario se cree —en fascinante ejercicio narcisista— que «él es». Gentes de creación, digo, que llevaron por donde quisieron y como quisieron los defectos y las virtudes del alma y del ser humanos. De entre aquellos muchos, uno, Miguel de Cervantes, ha ido destacando a lo largo del tiempo hasta convertirse en el gran referente cultural español.

¿Por qué ha sido así? No hay una única respuesta. Sin duda, porque supo transmitir con limpieza sus sentimientos a generaciones de todo el orbe y todas las épocas. Esto es muy difícil de hacer y, acaso, en nuestro mundo actual, tan complaciente con todo lo efímero y lo creado con destino a la inmediata basura, a las generaciones de los deseducados que vienen les resulte difícil de entender. Pero fue y es así.

También Cervantes encarna ese yo que todos tenemos dentro: el de la frustración permanente. Él, como todos, se fijó unas metas y parece que las alcanzó sólo en los últimos meses de su compleja existencia. O sea, un desastre de vida. Como casi la de todos. Pero tiene esa faceta deslumbrante: aunque caía, se levantaba y seguía. A veces lo he imaginado sacudiéndose el polvo del batacazo, de la desilusión, calándose el sombrero, enderezando la espada, mirando de soslayo y marchándose. Como si no pasara nada.

Cervantes fue, también, genial. Cuando los ojos escuecen por el cansancio de tanto manuscrito y tanta letra impresa renacentista leídos, y uno se encuentra ese sinfín de aires nuevos, de provocaciones, de críticas, de propuestas de innovación, de originalidad, da gusto y se agradece. Imaginar a Cervantes en sus tres niveles creadores, comedia, novela y poesía, estrellándose en unos y otros, pero experimentando continuamente, para acabar creando lo que hizo y cómo lo hizo en los años finales de su vida es impresionante. Porque ¡claro que hubo antecedentes y precursores en cada uno de sus escritos!, pero lo que enriquece a Cervantes es que escribió de todo, variado y en cantidad. Y, por si esto no fuera suficiente, le echó una imaginación imparable.

Hay otra razón de carácter nacional: ese regusto hispano por el lamento de lo propio y la satisfacción de no alcanzar metas importantes está también en *El Quijote*: el buen caballero, lleno de ideales, que es apedreado, vejado y burlado por todos sus congéneres, que tienen los pies en la tierra. Dos mundos en perpetuo enfrentamiento, incapaces de escucharse. Lo he visto también en un cuadro magistral, de lo mejor de la pintura española, de Goya, *La pelea a garrotazos*.

El prologuista va animándose. Y no es bueno, que hay que parar. Cuando alguien hace una biografía en serio, quiero decir, con una base epistemológica (con un método de trabajo y unos conocimientos teóricos de lo que hace), busca comprender al ser biografiado y explicarlo, a su manera, a sus lectores (porque espero que no sea a «su» lector). El dilema objetividad/subjetividad está servido. En las páginas que siguen refiero un «mi» Cervantes, tal y como lo entiendo tras algún año que otro aprendiendo el oficio de historiador, que lo he forjado, como todos los que somos, en archivos, bibliotecas, congresos, evaluaciones, gestión científica, tertulias de café y soledad. Mucha de ésta. Con ello quiero decir que una biografía no se hace en un par de meses. Para hacer una biografía, además la de un personaje tan manido como Cervantes, se recurre a la mejor biografía, a la más documentada, y se mejora. En nuestro caso, el trabajo consistió en el profuso manejo de la de Astrana (como ha de hacer todo cervantista), que, con sus siete tomos y sus miles de documentos,

es, en muchos aspectos, insuperable aunque de cortado carácter romántico: es una biografía que se debería haber hecho setenta años antes, pero la mente colectiva intelectual española estaba preguntándose a esas alturas del siglo qué era. Y aún no se ha respondido. Así que la gran biografía documental de Cervantes está hecha en la posguerra española y de entonces acá ha llovido bastante. Era necesario modernizar algunos de sus puntos de partida, o profundizar en cuestiones colaterales del ambiente social de Cervantes que a él ni se le ocurrió que se podría hacer. La segunda de las grandes biografías de Cervantes, con importante sustento de Astrana, es la de Canavaggio —y que me perdonen cientos más. Excelente y sintética; original e importante en muchas de sus consideraciones, sin duda. Pero —y no es una crítica— acaso insuficiente para un historiador. También me pareció deliciosa la de Riquer, en donde, además de su medida, está su ingente ciencia y experiencia filológica. Y, por cierto, una gran virtud: Riquer escribe con una claridad sólo propia de los grandes maestros, de esos que, como tienen las ideas muy claras, no necesitan ser oscuros para parecer que son profundos.

Ha habido otros escritos ensayísticos —también mucha cosa de frívola creación— y mucho, muchísimo redactado por filólogos. Pero no por historiadores. Entonces, tuve la fortuna de aparecer por allá y se me propuso este reto. Dedicado un par de décadas a la comprensión de los comportamientos políticos y sociales de los siglos XVI y XVII, ¡cómo no iba a enfrentarme a Cervantes! Sondeé archivos y me di cuenta de que casi todo había sido rastreado ya. Sin embargo, por el carácter de esta obra, la investigación más rigurosa sobre algunas cuestiones, la dejo para presentarla en algún congreso. He contado con los trabajos de transcripción paleográfica que llevamos lustros haciendo en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (en concreto, la de las Actas del Ayuntamiento de Madrid desde 1561 a 1598, labor realizada —a día de hoy— por los doctores Teresa Prieto, Juan Carlos Zoffo y García Guerra, y los licenciados Leonor Zozaya, Miguel Ángel Sánchez y Beatriz Valverde, con financiación de la Comunidad de Madrid) y que me han servido para perfeccionar parte de ese ambiente cervantino.